

VIDA LARGA Y FECUNDA

El R. P. Antonio Pérez Goyena nació en Huarte de Pamplona a 17 de enero de 1863. Fue alumno del Colegio de la Compañía de Jesús en Villava (Navarra). Al cerrarse dicho Colegio con ocasión de la guerra carlista, hubo de continuar su bachillerato en el Instituto Nacional de Pamplona, para seguirlo en Huesca durante aquella guerra y después de acabada terminarlo brillantemente ya de vuelta en Pamplona.

Entró el 13 de julio de 1879, a sus dieciséis años, en el noviciado que los jesuitas españoles tenían en Poyanne (Francia, Lourdes). Lleva pues ya en la Compañía —caso sin duda único en dicha Orden— más de ochenta años de vida. En Loyola (Gulpúzcoa) hizo ya su segundo año de noviciado y a continuación sus estudios literarios. En el colegio de estudios superiores de los jesuitas de Oña (Burgos) estudió filosofía de 1884 a 1887. De allí fue hasta 1892 al colegio de segunda enseñanza de Valladolid, donde explicó filosofía, historia universal y matemáticas. De 1892 a 1896 cursó teología en Oña, donde se ordenó de sacerdote el 30 de julio de 1895.

Allí mismo siguió, como profesor de teología dogmática y hebreo, hasta 1898, cuando pasó a Manresa (Barcelona) para empezar su tercera probación.

Al terminar en 1899 fue destinado a Salamanca, donde por siete años enseñó de nuevo teología dogmática en la Universidad Pontificia. Allí se graduó de Doctor en Teología y fue hecho miembro del claustro de Doctores de dicha Universidad.

En 1906 fue destinado como escritor a *Razón y Fe*, revista de orientación ideológica y cultural, que los jesuitas ya desde hacía muchos años editaban en Madrid.

Fue llamado a Roma en 1921 para formar parte de una comisión de tres miembros (un francés, un alemán, un español) a los que luego se añadió otro (francés) que por dos años trabajó en revisar la *Ratio Studiorum* de la Compañía de Jesús. Mientras, fue nombrado Revisor General de publicaciones de jesuitas.

En 1923 volvió a la revista, en cuya redacción continuaría hasta 1931. En Madrid actuó a la vez como miembro de la Junta de Previsión de la diócesis.

Al desglosarse de *Razón y Fe* en 1922 la sección de materias teológicas y filosóficas para constituirse la revista *Estudios Eclesiásticos*, él formó entre los fundadores de la nueva revista, a cuyo Consejo trimembre pertenecía en 1928 como Consejero-Redactor.

En 1931, ya en vísperas de ser disuelta la Compañía de Jesús en España por las Cortes republicanas en enero de 1932, fue destinado por breve tiempo a Tudela y en seguida a Pamplona, donde ha vivido como profesor de Sda. Escritura en el Seminario durante quince años y luego exclusivamente en sus propias labores científicas, en las que aún continúa, sin que hasta el presente ni por un momento se haya visto obligado a interrumpirlas. Allí mismo, desde la fundación de la *Institución "Príncipe de Viana"*, ha sido activo miembro y colaborador suyo.

Como sacerdote jesuita dirigió con mucha frecuencia ejercicios espirituales entre el clero secular y regular y de religiosas en muchas ciudades de España. Y actuó con ponencias o diversas colaboraciones, generalmente como representante de *Razón y Fe*, en la mayor parte de los congresos eucarísticos, marianos y catequísticos u otros de carácter religioso, que se celebraron en España durante larga parte de su vida hasta 1931. Pero esas actividades se puede decir que eran a modo de diversión apostólica. Fuera de ellas y las de la docencia, su tarea por excelencia ha sido la de escritor.

En ella ante todo sorprende el volumen de su producción. Aparte de los diversos libros —algunos de ocho grandes tomos— ya publicados o ya dispuestos para ello o al menos en preparación más o menos ultimada, diríamos con una frase del P. Goyena dedicada al P. L. Murillo que “sus artículos son, como las estrellas del cielo, innumerables”. Claro que no todos tienen la misma extensión. Pero fuera de los que se podían llamar breves —que son incontables— en algunos periódicos y en muchas revistas, cuya titulación

y detalle dejamos para después, son muy extensos casi todos los que publicó en *Razón y Fe* (en total ciento cincuenta y ocho entre 1904 y 1931, más otros siete posteriores), en *Estudios Eclesiásticos* (en total treinta y ocho entre 1922 y 1931, más otros tres después) y en otras publicaciones científicas como *Príncipe de Viana* (en total nueve).

Van comprendidos en esos números unos veinticinco amplios boletines, en que periódicamente se daba al lector de dichas revistas cuenta detallada y crítica de la moderna producción eclesiástica de índole teológica, histórica y aun mística de España y del Extranjero. Pero no se incluyen ahí los centenares de reseñas críticas de libros. Añádanse los muchísimos noticiarios, en que durante los años 1906 a 1919 inclusive (en casi todos los números de *Razón y Fe*) se resumían, en un promedio de diez páginas, todas las noticias interesantes de Roma, España y de todo el mundo, religiosas, sociales, civiles y militares. Y aún había que agregar una serie de otros artículos científicos largos, que aparecieron en otras publicaciones como *Nouvelle Revue Théologique*, *Hispania Sacra*, etc., y que más abajo se recogerán.

Admira la variedad de temas que toca. Pertenecen en general a teología, filosofía, apologética, Sda. Escritura, historia, hagiografía, crítica literaria, crítica histórica, etc. En ese esquema general por lo demás entran los más variados artículos: España en Marruecos, Iglesia y Estado en Francia, la masonería en la guerra de la Independencia, los antiguos colegios mayores, historia de las religiones, misiones entre infieles, Lourdes, evolución del dogma, ideas sobre la vocación, la historia de la Universidad de Valladolid, el Concilio de Nicea, los terremotos y sus patronos, el poder temporal de los Papas, etc., etc. Es natural que a menudo haya tratado temas jesuíticos, pero con el mismo interés ha escrito de S. Francisco de Asís, de S. Juan de la Cruz, de Sta. Teresa de Jesús, de Arias Montano, del cisterciense J. Caramuel, o de los dominicos como J. García de Fulla o Fr. Diego de Deza, o en general de los orígenes bibliográficos de las Ordenes Religiosas en España, etc.

Hay sobre todo dos campos en que el P. Goyena se ha especializado. Primero el de la historia de la teología española. Se aficionó al tema y empezó a organizarlo en ficheros ya al principio de su profesorado teológico. Grandísima parte de sus artículos de *Razón*

y *Fe* versan sobre él y de algún modo todos los de *Estudios Eclesiásticos*, aparte de otros estudios suyos.

Y luego el tema navarro, sobre todo en el aspecto histórico-eclesiástico y en general en el literario-cultural. Ya de antiguo al P. Goyena le tiraba el asunto; pero sobre todo lo ha cultivado desde su traslado a Pamplona en 1931. Es increíble la variedad y extensión de sus conocimientos en ese campo. Basta hojear, fuera de la mayor parte de sus libros ya aludidos, sus artículos en *La Avalancha*, *Príncipe de Viana*, *Boletín de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de Navarra*, *Vence*, *Diario de Navarra* y algunos en *Razón y Fe* (1932-1940) y en *Estudios Eclesiásticos* (1936-1942).

Pero más que el volumen y la variedad de sus producciones impresionan la competencia. No es raro que libros y artículos de diversos autores nos sugestionen con títulos prometedores y que al leerlos defrauden nuestra esperanza. Aquí ocurre al revés; siempre se encuentra una riqueza de saber o de documentación insospechada. En cualquier tema se revela al punto el autor que lo ha estudiado a fondo, que está al tanto de lo que se ha dicho sobre él, y que lo expone o lo discute con un dominio y una seguridad de maestro.

De sus conocimientos bibliográficos en general no hay que decir sino que son asombrosos y que por todas partes se desbordan. Sus conocimientos bíblicos, que fueron admiración en su cátedra de Pamplona, brillan cuando en críticas de libros discute pruebas escriturísticas, o puntualiza la exégesis de un texto y separa el sentido literal del acomodaticio, o discute ampliamente una interpretación y el alcance de un pasaje, o señala que tal autor no distingue bien el sentido literal del místico y éste del acomodaticio, o que conviene aquilatar el carácter mesiánico de ciertos testimonios.

Su familiaridad con la patrística, que acaso no tiene tanta ocasión de mostrar, la delata, aparte de la discusión de tal o cual pasaje o de señalar que no se han citado exactamente las palabras de S. Clemente Romano o de S. Ambrosio, etc., la rapidez con que reacciona a menudo cuando ve que se atribuye erróneamente una obra o un sermón a S. Cipriano o a S. Ambrosio o a S. Jerónimo, etcétera, y lamenta que en una edición de la *Summa* no se hayan anotado ciertos errores de esa especie.

Su ciencia teológica brota a cada paso en la discusión a fondo de opiniones, como tal o cual sobre el sacrificio, o sobre la mente de S. Tomás respecto de la Inmaculada, o sobre la idea de Escoto en esa materia en relación con la bula *Ineffabilis*, en la apreciación de argumentos teológicos, en la formulación de reparos a obras de esa clase y en la citación familiar de otros autores que aprueben o confirmen o nieguen tal punto de vista.

Su afición a la historia y a la investigación histórica data de su juventud. Al punto destaca su sabiduría en ese campo. Sobre todo en lo referente a España. Como cuando critica obras históricas recientes, aun profanas. Ve que un autor pondera la decadencia de las matemáticas en España en el siglo XVIII, y en seguida teje un artículo para mostrar con datos al ojo, que por entonces hubo no sólo individuos, sino centros matemáticos en diversas ciudades de España, y que muchísimas personas se dedicaban a esa ciencia, y nombra en cantidad autores de libros y profesores de la materia y hasta polémicas. Lee cierta historia eclesiástica extranjera y al punto señala inexactitudes y omisiones respecto de España en la edad antigua, media y moderna. Y si a mano viene, al hacer reparos históricos cita como testigos otros autores que muestra le son familiares, como cuando no asiente a una ponderación que en un libro lee de la austeridad de Prisciliano. Por supuesto está al tanto de la bibliografía de la historia eclesiástica española desde sus orígenes.

Pero sobre todo su fuerte es la historia de la teología española. Lo de menos es rectificar errores, como que tal acusación o tal error histórico contra Lulio o alguna incorrecta exposición de Molinos ya están refutadas por autores que él nombra. No sólo a menudo en críticas de libros ordinarios, sino aun en obras especializadas, como la de J. Bellamy sobre la teología en el siglo XIX, o la de A. Bertoni sobre Escoto, o el *Nomenclator Litterarius* de Hurter que a primera vista parecería exhaustivo, ha de señalar la ausencia de copiosos nombres españoles. Incluso en historia litúrgica advertirá a Dom Cabrol que calla muchísimas obras españolas. Ante la idea tan repetida de que apenas hubo teólogos en España en el siglo XVIII, se complace en un artículo en multiplicar y ponderar al vivo los testimonios en pro de esa idea, para luego darse el gusto de presentar nubes de autores españoles que en tal siglo cultivaron la ciencia sagrada y la enriquecieron con múltiples obras.

Lo mismo que, de propósito, hace historia densa de la teología entre los benedictinos o entre los mercedarios antiguos españoles.

Le indican algunos extranjeros que desearían conocer la literatura teológica española actual, y publica dos artículos: uno que repasa los libros escritos o reimpressos por españoles que aún viven cuando escribe, y otro sobre las obras de españoles recientemente fallecidos. Este segundo muestra por lo demás su riquísimo archivo de datos biográficos, o de su labor escrita y hablada, ya recogido sobre teólogos modernos españoles.

Lo de precisar en estudios ajenos menudos detalles históricos de antiguos teólogos aun secundarios, es normal. Hacen gracia sus observaciones de que en tal libro se confunden estos y aquellos nombres, de que tal apellido no es exacto o de que se le aplica a un personaje distinto; que tal teólogo no se llama Juan, sino José; de que hay fallos cronológicos, como el de que Montesinos, según cree, murió en 1620 y no en 1621; que el tratar de un autor no se han mencionado sus dos ediciones madrileñas antiguas; que tal obra no tiene cuatro sino seis tomos; que tal otra no se imprimió en Barcelona en 1680 sino en Salamanca en 1677; que tal autor era benedictino y no jesuita; que B. Ledesma no nació en Ledesma, sino en Nieva.

Pero lo más notable es que, al leerle, se crea la convicción de que no sólo le son familiares los nombres de los teólogos españoles y sus datos biográficos y los títulos de sus libros, sino de que, cuando le ha sido posible, ha manejado y estudiado a fondo los mismos libros. Por eso, sin temor a que le devuelvan la advertencia, puede echar en cara a un autor, que no parece ser de los que han encañecido revolviendo los pergaminos y los volúmenes de los grandes maestros.

Ni sólo se ocupa de las individualidades teológicas, sino de todo lo que toca mediata o inmediatamente a la historia de la teología española. Así los trabajos españoles en la impresión de la *Suma*; la enseñanza de S. Tomás en la Universidad Española; vicisitudes de la facultad de teología en ellas; escuelas teológicas en España; en concreto tal doctrina, como la de la Inmaculada en Salamanca o el juramento de aquella Universidad de seguir a S. Agustín y S. Tomás, o de la literatura teológica que se usaba en las oposiciones eclesiásticas antiguas, o la historia de algún seminario. O la intervención de S. Ignacio en pro de la ciencia teológica. Histo-

riará también ampliamente la venida de Jansenio a España y sus gestiones contra los jesuitas en Madrid y en algunas universidades españolas, o descubrirá en la historia al desconocido jansenista español Antonio González, o acusará los escasos frutos del modernismo español, o incluso comentará los intentos de poner una facultad protestante en Madrid.

En general es harto evidente que el autor, tanto en el campo histórico teológico como en el cultural navarro, no se ha limitado a una labor de segunda mano, divulgando adquisiciones ya logradas por otros o presentando con ellas brillantes cuadros sintéticos, sino que ha trabajado ferozmente a base de una obstinada rebusca en bibliotecas y archivos, que supone inmensas lecturas, un infinito papeleteo de fichas y fatigosas e inacabables compulsaciones.

A la competencia se une una seriedad científica sin pretensiones pero inflexible. Vive el autor intensamente los problemas, pero con un amor objetivo, que le hace buscar sinceramente la verdad y sólo la verdad. Nada de afirmaciones gratuitas históricas o doctrinales; siempre la prueba o el documento al canto. Aprobará o desaprobará opiniones ajenas, pero razonando su postura o mostrando la debilidad de los argumentos contrarios y sin empeñarse en sostener a ultranza (siempre que se trate de meras opiniones) tal o cual posición predefinida. Y lo vitupera, si cree falta en alguno objetividad respecto a una opinión ajena. Por la crítica histórica tiene obsesión, y censurará su falta donde la halle: notará que tal libro se resiente de crítica histórica y literaria; que tal autor no es esmerado y escrupuloso en la crítica sobre los textos patristicos; que tal otro no ha encuadrado debidamente la interpretación de una opinión de Sto. Tomás en el marco de sus predecesores y discípulos. Y como sin querer, él mismo irá dejando caer sabias normas de método histórico. Quiere además una objetividad exacta, aunque haya que decir que un santo de tanta devoción en Navarra, como el llamado S. Babilés, no existió. No aprueba que, al enjuiciar a un autor por grande que sea, como M. Cano, no se mencionen los defectos que otros autores le han notado.

No admitirá minimizaciones indocumentadas en lo ya científicamente comprobado; pero reprobará de igual modo las exageraciones, aun las laudatorias y en general de signo positivo. Así en un tema tan caro para él como el de la Virgen reprocha a Garriguet sus afirmaciones de que ciertos libros del A. T. están llenos de

María, de que el *Cantar de los Cantares* no es sino un poema en su loor; y a la vez para refutar su aserto de que la Inmaculada tuvo en Francia sus más ardientes defensores, le presentará en contra el testimonio de un escritor ni francés ni español. A un autor de un manual teológico le indica que para más exactitud convendría exponer la doctrina jansenista y la de los augustinenses con los mismos testimonios de sus escritos. Ni sufre que se ataque injustamente a personas, aun del pasado, o se universalicen y se acen-túen los defectos científicos entre los escolásticos, aun sin negar que los hubo, o no se reconozcan debidamente sus grandes valores.

Sus innumerables reseñas de libros nunca dan la impresión de hechas por cumplir, sino de tomadas en serio y a fondo: primero en la puntualidad y luego en su enjuiciamiento. Y si un periódico se quejó de que no se hubiera criticado ya un libro, él, apenas estrenado como redactor de *Razón y Fe*, contestó con esta serena frase que daba ya su estilo en ese punto: "Nosotros ni queremos postergar a nadie, ni pretendemos más que satisfacer cumplida, imparcial, y en cuanto nos sea posible ordenadamente, a los que se dignan honrarnos con el envío de sus trabajos para que los juzguemos."

Cumplidamente pues en sus críticas da cuenta del libro y de su valor; discute, en cuanto sea necesario, sus teorías; si conviene, consulta otros autores para confrontar una posición, compulsu oportunamente la exactitud de las citas, y aun subraya las mejoras de una edición sobre la anterior. Aun siendo tarea tan pesada, el P. Goyena pone en ella todo su interés, muestra su júbilo ante un buen libro, que a gusto, dirá, volvería a leer; pero escrito que cae en sus manos, con la misma verdad con que oírás todas las alabanzas que merece, se verá señalado en sus deficiencias. Si tiene que hacer reparos a notables autores como Beraza, los hará; si tiene que decir de un escritor como Sertillanges que en un libro suyo encuentra defectos de solidez, se lo dirá detalladamente sin tapujos.

Y desde luego no deja pasar la ocasión oportuna de ayudar a sus autores, sugiriéndoles ideas, según los casos, como la conveniencia de exponer o ampliar o razonar tal o cual postura o punto de vista, resolver ciertas dificultades, afianzar tal afirmación, desarrollar los argumentos.

En sus mismos noticiarios tan frecuentes y tan copiosos se ve al hombre serio que, con diligente lectura de revistas y periódicos españoles y extranjeros y con sesuda reflexión, escoge y resume datos para una información interesante y universal, pero evitando a la vez perder el equilibrio o por falta de objetividad o por valorar o ampliar excesivamente unos aspectos con detrimento de los demás.

De esa seriedad científica nace en él un sentido de imparcialidad espontánea, aun en temas nacionales y otros más propicios al apasionamiento. Si habla de Marruecos, le dolerá que no se reconozca lo bastante o se aminore la labor de España, pero tampoco la exagerará, y subrayará que España podía hacer más. Describirá al vivo las plagas morales de Francia con el fin apologético de que conozcan su modelo los españoles que por tal se proponen a dicha nación, pero señalará en ella también el aspecto positivo. Si comenta el caso Montagnini, le defenderá briosamente, pero sin ocultar algún posible reparillo. Si habla de Vitoria, dirá que ni olvidarlo con Bouquillon, al tratar de las causas del renacimiento teológico español, ni ponderarlo con el Card. Ehrle como la causa única de aquel fenómeno. Incluso pone sordina cuando un autor extranjero exagera, a su parecer, alabando la situación religiosa de España. Aun para escribir de la masonería en España en la guerra de la Independencia advierte que procurará "con esmero y diligencia no incurrir en exageraciones, a que tan aficionados se muestran algunos al hablar de esta secta". Acerca del Molinismo, del que es ardiente partidario, le dice a un autor molinista que "conviene ser parcos y sobrios en calificar sentencias tan asendereadas", y que juzga "se excede en la calificación con detrimento de las teorías opuestas".

No es fácilmente apreciable el enorme mérito científico del P. Goyena. Ante todo su producción publicada está muy esparcida. Ni es un autor de relumbrón en conferencias o en los asuntos de sus escritos. Además estos en los últimos treinta años se han ceñido al tema local de Navarra. Y desde luego él, que mejor que nadie conoce su labor, lejos de ponderarla ni por equivocación, la realizará sin ruido, como sin darle importancia. Pero su obra ha debido de ser muy apreciada entre los sabios o simplemente cultos. En la revista *Razón y Fe*, en la que figuraban en su tiempo hombres muy destacados, "era estimadísimo entre los compañeros de redac-

ción”, dice uno de ellos. Y anota que sus artículos de teología española eran esperados con impaciencia por el gran especialista en la historia de la escolástica, el Card. Ehrle. Ocho veces fueron premiados trabajos suyos: seis en Navarra, una en Barcelona y otra en Toledo. Junto a su mérito científico había que subrayar también su buen estilo de escritor, muy apreciado en sus tiempos de *Razón y Fe*, sus conocimientos literarios a partir de la antigüedad y sus dotes de crítico en ese campo, que se muestran en reseñas de libros como novelas y obras oratorias.

Pero todo esto no es sino la corteza de la labor del P. Goyena. Su principal valor le viene de dentro, de esa cosa impalpable, que es lo más difícil de captar, y no es sino la espiritualidad que a dicha labor anima. Apenas podemos hacer sino subrayar las pinceladas con que el Excmo. Sr. Arzobispo la ha esbozado. En un artículo el P. Goyena expresaba su emoción por el “recuerdo dulcísimo” de los heroicos misioneros jesuitas pasados y actuales de China. Ello entraba de lleno en el anhelo de apostolado en grande que admiraba en la Compañía de Jesús y que le atrajo a dicha Orden. En él su misión personal bajo la obediencia había de ser encerrarse anónimamente en bibliotecas y archivos, desempolvando infolios, descifrando códices, multiplicando fichas, compulsando citas y menudos datos y confrontando textos, y eso un día y otro durante más de sesenta años, sin que nadie pueda averiguar en este mundo el improbable trabajo que a veces le habrá costado un artículo, una página, quizás una línea y un pequeño dato. Pero así ha vivido con la elegancia de quien parece haber logrado su íntima ambición.

Inútil insistir en su amor a la Iglesia, que sella toda su labor. Sobre todo con ocasión de algún acontecimiento, como el jubileo sacerdotal de S. Pío X, y en sus comentarios de documentos y hechos pontificios, y hasta en propagar las buenas noticias de la Iglesia (aun sus noticiarios empezaban infaliblemente por la S. Sede). Por supuesto también en defenderla en todo trance, como cuando en Francia acusaron al mismo S. Pío X de haber ocasionado con su conducta la denuncia del concordato, y él salió por el Papa e incluso reprochó a un autor francés el no haber defendido con más vigor al Papa contra aquella acusación y no haber tratado con mano algo más dura al personaje público que por entonces era la causa principal de todos los males que padecía la Iglesia

francesa; o cuando atacó ciertas habladurías esparcidas por algunas dispensas matrimoniales pontificias; o cuando en España tuvo oportunidad de fustigar un regalismo trasnochado; o cuando en 1912 escribió sobre “la brutal persecución del Catolicismo en Rusia, para protestar enérgicamente contra ella y para reparar el estudiado silencio de la prensa española liberal y sectaria”.

Pero acaso donde más mostraba ese amor era en su prevención contra el liberalismo y el modernismo, que miraba como los dos más formidables enemigos de la Iglesia. Le parecía un deber en todo teólogo el mencionarlos y atarcarlos; por eso su pena, si no veía hacerlo, era proporcional a su gozo ante una refutación de tales sistemas amplia y competente. E indefectiblemente en sus reseñas de libros había de expresar su impresión sobre ello. A Straub le decía a propósito de una obra suya sobre la Iglesia, que no hablaba del liberalismo y poco del modernismo. A De San, que en esta época de “vientos tan recios de liberalismo” hubiera hecho bien en detenerse en el *Syllabus* y en la autoridad del Papa. De Bellamy se queja no luche contra tal sistema “hidra de cien cabezas, dice, sistema filosófico-teológico que tan terribles estragos causa ahora en los pueblos”, o como dice a otro autor, “error contra la Iglesia, tan anatematizado por los Papas”.

Asimismo para él “el modernismo... es un monstruo, un ciempiés, un amasijo de absurdos, que no sólo pugna con la fe, sino con la razón, la historia, el sentido común y hasta el buen gusto”. Por eso alaba al autor, que, como Arintero, en la ocasión propicia lo fustiga. Y se alegra de que “nuestro suelo tan árido y yermo para el modernismo, no ha engendrado, afortunadamente, sino contadas y desmedradas plantas modernistas”, pues sólo cuenta, cuando él escribe, con tres traducciones y con los resabios modernistas de una revista madrileña. Por lo demás cuando en cierta ocasión un articulista salió en loa de tal sistema, le dedicó una enérgica refutación. Lo que más le molestaba en un libro era “ese andar a veces en los confines... de sistemas racionalistas”, ese rechazar como anticuados principios perennes, y “ese aplaudir... a autores cuyos libros y teorías, o fueron condenados, o tienen cierta analogía y puntos de contacto con los de los modernistas”.

Por lo mismo, si había ocasión, atacaba a la masonería. Y en general no dudaba en encararse a menudo y sin remilgos, por defender a la Iglesia y a los suyos, con enemigos tan de cuidado

como los periódicos liberales que en otro tiempo bullían en España, para corregir sus desvaríos.

Y al contrario ese mismo amor a la Iglesia le hacía pregonar los méritos de los que por ella trabajaban, como Sardá, y animarles en su labor. Le obligó a salir en defensa del clero, cuando “nacionales y extranjeros hablaron neciamente de la intervención de los curas en la condenación de Ferrer”. Y a clamar en su día con un ferviente artículo (titulado *Por la justicia*) en pro del aumento de la dotación del culto y clero, como algo “urgentísimo” y “de justicia”.

No se concibe que un jesuita ame a la Iglesia y no ame proporcionalmente a su propio Instituto, que a cada momento ha estimulado en él ese cariño a la Iglesia Jerárquica. El P. Goyena públicamente mostró ese amor, consagrándole gran parte de su actividad de escritor. Baste recordar sus trabajos sobre S. Ignacio, S. Francisco Javier, S. Pedro Canisio, S. Luis Gonzaga, sobre generales como Tirso González y F. J. Wernz, sobre varones ilustres como F. P. Tarín, sobre ascetas como A. Rodríguez, sobre teólogos, como Suárez y Lesio, sobre historiadores e investigadores como Mariana, Fita, Uriarte, Astráin, sobre literatos como L. Coloma. Varias veces sobre las misiones jesuíticas de infieles. Otras presentaba las publicaciones periódicas de la Compañía existentes en 1941 o la enorme participación de sus hijos en la historiografía española. Y en un artículo sobre la Biblioteca Nacional descubre que Felipe V encargó al P. Robinet la ejecución de su idea (seguramente inspirada por el mismo jesuita) en 1711 y que desde entonces hasta 1755 sus primeros directores fueron jesuitas (ocho en total).

Si lo cree conveniente, el P. Goyena saldrá también en defensa de la Compañía, como cuando un diputado la acusó de ser “la Orden más ignorante de todas”, o cuando los jesuitas portugueses expulsados de su país en la revolución de 1910 fueron calumniados por ciertos periódicos españoles, o cuando, aun a sabiendas de que ello había de sorprender, escribió a favor del P. Nithard contra un adversario tan peligroso como Unamuno.

El Sr. Arzobispo ensalza también el sano patriotismo del P. Goyena. Desde luego cuando en una publicación extranjera ve el reconocimiento de algo bueno de España, ha de mostrar su contento. Así dice que en una obra de mística “la mística española queda

muy bien parada... A los españoles no puede menos de agradarnos que se haga justicia a nuestros místicos y se les conceda el lugar de preferencia que por derecho les corresponde". Le gusta que otro autor pondere el impulso que los españoles dieron al estudio teológico después de Trento. Le complacen hasta detalles como el de que Dom Cabrol elogie a Prudencio como gran poeta.

Y por igual le duelen las omisiones y las falsas apreciaciones sobre lo español. Le duele que en una historia eclesiástica extranjera entre otros nombres se omita a Fr. Luis de León y de que su autor parece débil en defender a la Inquisición española; y hasta que en una obra de geografía no se subrayen más los triunfos de un español en esa materia en una Exposición Universal. Sobre todo parece más sensible en su campo teológico. Dolor si no se expresa en un libro que el "filioque" es de origen español; sobre todo de que en obras teológicas no se citen más nombres de españoles. Vea en su tiempo que, según escribía en 1913, un "sino... pesa sobre nuestra pobre nación, cuyas obras literarias, y especialmente las teológicas, con grande dificultad franquean las fronteras y logran atraerse la atención de los extranjeros". Es un hecho que, decía, "ni los españoles pregonamos debidamente nuestras obras de Teología, ni los extranjeros se dignan citarlas o mirarlas con el debido aprecio...".

Pero su patriotismo no se contenta con el júbilo o la pena, sino que pasa a hacer. Siente que se aminore la labor de España en Marruecos, y refuta tan injusta apreciación. Leclercq llama a España "estéril, o lo que es peor, rebelde a la vegetación histórica", y él escribe un artículo en que, empezando con un rotundo "falsísimo" y con atribuir aquel juicio más que a malevolencia al desconocimiento de "los innumerables escritos históricos que, como en terreno feracísimo, se producen en nuestra nación", lanza ya en avalancha, en pro de su tesis, decenas y decenas de nombres de historiadores españoles. Y para confirmar aún más la falsedad de aquella acusación, escribe un artículo sobre la labor, más conocida para él, de los jesuitas en ese campo.

En cuanto a lo teológico, no se contenta con su inquebrantable constancia en subrayar una y mil veces en sus boletines y reseñas de libros la ausencia que note en ellos de nombres españoles. Ya está indicado arriba algo de lo que hizo por dar a conocer a los teólogos españoles. Fuera de eso, escribió expresamente sobre "pro-

fesores españoles que brillaron por el lustre de su ciencia teológica en Roma” y para quienes “el Colegio Romano y la Sapiencia, dice copiando a Lampillas, fueron los clarísimos teatros de sus desvelos literarios, que sirvieron de tanta utilidad a la Iglesia”. Y como veía que nadie había escrito sobre los teólogos extranjeros formados en España, trató en un artículo “de esta materia interesante, que no puede menos de redundar en loa de nuestra patria”, que en sus aulas formó a tales maestros. Y especialmente escribió aparte de los que enseñaron en la Minerva, después de advertir acerca de ésta, que “gloria incomparable de la teología española es haberse instituido en la capital del orbe católico un Colegio, luz del mundo y florón de la Cristiandad, en que el catedrático de la ciencia teológica debía proceder de nuestras aulas docentes”, y que “los Superiores de la Orden destinaban a Roma teólogos consumados”.

Respecto del tiempo actual publicó un estudio del movimiento teológico-dogmático español en 1909, “para que se vea, decía, el ardor con que se contribuye en ella (España) al glorioso renacimiento de la ciencia de las ciencias”.

Pero todo eso no eran esfuerzos aislados. Entraba ya de lleno en su ambicioso plan de una monumental historia de la teología española, para la que estaba archivando un enorme material. Veía, según decía, “carecemos de una historia de la Teología española que nos ponga de manifiesto los profundísimos estudios, los excelentes libros y brillantes sistemas teológicos que han sido parto de ingenios españoles”. Y a la vez expresaba “que semejante empresa se muestra erizada de escollos, y que para llevarla a cabo se necesitaba exquisita preparación, cuantiosos recursos y que aún no bastaría un hombre solo; por eso sin duda se ha hecho muy poco”. Pero no se arredró y “esto poco” trató en 1911 de recogerlo en dos artículos “para desbrozar siquiera el camino”. Los terminaba así: “Muy poco y mezquino es lo que los españoles hemos hecho en la historia de la Teología española; y, mal que nos pese..., en los puntos pertenecientes a ese ramo tenemos que recurrir a una obra extranjera: *al Nomenclator literario* del P. Hurter. ¿Hasta cuándo? Dios lo sabe.” Y a contestar a esa pregunta aspiró.

Pero en la producción del P. Goyena hay que subrayar además una cualidad sustancial: su bondadoso humanismo. Se muestra de continuo, pero acaso especialmente en las críticas de libros. Ante

uno bueno no reprimirá su gozo. Ensalzará sin cicaterías todos los aspectos loables de la obra que juzga, y por bondad hará a la vez sus observaciones desfavorables, pero desvirtuándolas en lo posible: como cosas de poca monta, o que no quitan valor a la obra, etcétera.

Si tiene algo que objetar a un autor, será el hombre que no busca sino la verdad. "No pretendo rebajar ni desdorar, dirá a propósito de un historiador, pues ninguno de los que esgrimen la pluma puede linsonjearse de verse exento de equivocaciones. Lo que deseo es que la verdad recobre sus fueros en una materia que tiene importancia." Si cree que en alguna publicación se enjuicia mal la actividad o las ideas de una persona (aun difunta), infaliblemente ésta tendrá en él un defensor, y sobre todo si se trata de un sacerdote o religioso. "Nos duele que se agravie sin razón, a lo que creemos, dice a propósito de un ataque al P. J. Moret, a un buen religioso y buen navarro." Ante las razones alegadas por J. E. Uriarte y otros de que una traducción bíblica del sacerdote secular José Goya no sea suya, sino del jesuíta Petisco, dirá: "Tales razones no son convincentes... Se ve que se dilucida una cuestión grave y que infama a un ministro del Señor."

Buscará siempre la delicadeza en sus juicios y en su expresión pero sin afectación. "Volvamos los ojos a otro destructor del Cronista navarro (Aleson), dirá de un autor, a quien procuraremos tratar con más miramiento que él emplea con el jesuíta historiador." A J. M. Piccirelli le dice que mejor sería si en un libro suyo "hubiera limado toda aspereza", pues el escritor a quien dos veces maltrata "sacará de sus palabras más resentimiento que persuasión". La bondad del P. Goyena aún se realza más con la fina ironía que emplea para los enemigos del catolicismo.

"Muy docto y muy piadoso" escribió de Terrien el P. Goyena con palabras que a él mismo le caen bien. Su profunda piedad se rezuma a menudo en sus escritos sea al tratar de un jubileo, o del Papa, o de las misiones de infieles, o sobre todo de Cristo Rey y de la Virgen, con cuyas glorias se entusiasma, y por lo mismo expresa su gozo por el desenvolvimiento consolador de la teología mariana. Pero sobre todo se advierte en su vida ordinaria, en su exacta fidelidad a los actos piadosos de su sacerdocio y de su regla, que cada día le exigen no menos de cuatro horas, sin que a sus noventa y siete años, y aun entonces sólo en atención a sus ojos ya derro-

tados, haya permitido se le hablara de dispensarle del oficio divino. Eso, aparte de otros actos voluntarios o extraordinarios, como su urgente visita a la capilla, entre los primeros de la Comunidad, a poco de interrumpir el descanso nocturno antes de las seis de la mañana, o la que indefectiblemente inaugura cada día su tiempo de estudio, o la que se prolonga por media hora al atardecer.

Y con ese encanto fundamental pero inaparente de su vida, que brilla sobre un harmónico conjunto de facultades, el de su caridad perennemente iluminada con una sonrisa jovial que cubre de mansedumbre un temperamento nervioso, y el de su trato siempre grato y a menudo bromista. Si no ha cultivado especiales relaciones sociales, precisamente por dar todo el hombre a su misión de pluma y libros, siempre ha sido respetuosísimo con todos y simpáticamente acogedor para cuantos han acudido a él y siempre estuvo dispuesto a ayudar en la medida de sus posibles, sin que le dolieran la merma de tiempo ni el desprenderse de noticias y datos históricos que aparecerían a nombre ajeno; mientras se mostraba entrañablemente agradecido a cualquier atención para con él. Y el encanto de la sencillez y humildad de un anciano que nunca ha dado importancia a sus valores de ciencia y virtud y nunca se ha presentado a su superior sin antes descubrirse la cabeza.

Con ello, en su profundo culto a la autoridad de sus Superiores, de la que ha sido incondicional defensor, el encanto también de su fidelísima obediencia y en general de su observancia regular, con que aun hoy sigue minuto a minuto y con escrupulosa puntualidad el horario de su comunidad, sin admitir la más leve excepción, a su edad fácilmente justificable, ni aun en el régimen común de alimentación y descanso nocturno. Si ha pecado en ello, ha sido por exceso de austeridad personal, que le muestra reacio a que se hagan gastos por él, aunque sea para consultar algún médico y aun para proporcionar a sus ojos débiles la ayuda de una lupa nueva o simplemente para usar en su aposento un calentador eléctrico, mientras utiliza en su trabajo papel acaso ya deteriorado y guarda sus fichas en cajas viejas de cartón.

Todo ello animando a la que podíamos llamar su virtud característica entre las externas, en una vida de juventud perenne que parece un prodigio por lo dilatada y fecunda: su *laboriosidad*, que apoyada en su robusta salud, con una vista que ha debido de ser privilegiada, y en su plena lucidez mental y hasta en su perma-

nente buen humor, aún le permite, como le ha permitido siempre en su vida hasta sus noventa y siete años, emplear, aparte sus cotidianas ocupaciones generales de sacerdote y religioso, unas diez horas diarias en el trabajo científico; con la circunstancia de que hasta sus noventa y cinco años aún acudía a la biblioteca de Navarra en Pamplona, en la que le darían el carnet de lector número uno. Cuando la fractura de una pierna a sus ochenta y tres años le retenía largos meses en la clínica, sólo sentía el no poder manejar libros y pergaminos.

Con ambición de empresa apostólica entró en la Compañía; desde el noviciado dio a su vida religiosa una tónica sencilla, pero alta, de espiritualidad, y confiesa haber hallado en su vocación justamente la satisfacción de lo que anhelaba en su ilusión juvenil.

El haber llegado a una edad tan avanzada y en tales condiciones de poder trabajar, él, hombre justo que vive de la fe, no lo atribuye más que a una especial providencia de que cree haber sido objeto. Por eso mismo a sus años mira el porvenir con paz: espera sereno lo que el Señor quiera disponer sobre él. No tiene ansia de que su vida se prolongue aún más; al contrario preferiría no vivir mucho, sobre todo para no molestar a nadie, cuando irrumpan los achaques.

Desde aquí mirando hacia atrás con su inmenso amor a la Compañía de Jesús, tiene aún una ilusión, pero que ya ve irrealizable: mientras cariñosamente muestra un fotograbado del P. José Moret, dice que quisiera tener las fotografías de todos los antiguos jesuitas navarros y de todos los que trabajaron en Pamplona.

Mirando al presente se alegra indeciblemente de ver que la Compañía que él conoció recién nacida en España al volver ella de su última expulsión, sin más colegios aún que los tres de Orduña (Vizcaya), La Guardia (Pontevedra) y Sevilla, trabaja ahora tan activamente en tantos y tan diversos campos de apostolado. Aun en su misma provincia de Castilla Oriental, la ve con gozo establecida en sus principales ciudades, y en algunas con dos instituciones, como sueña que ocurrirá en Pamplona. Y le gusta recordar cómo cree cumplirse lo que oía repetir a su paisano el célebre P. Lino Murillo: "A la Compañía que no le pongan trabas (prohibiciones, expulsiones, etc), y ella se abrirá camino." Manifiesta que goza con lo que está viendo como un abuelo con sus

nietos aventajados. Eso sí, recalca al expresarlo, “no rebajo a otras religiones, que trabajan mucho”.

Mirando a lo que aún le puede quedar de vida, incansable, como siempre, se había dado con el afán habitual a revisar su material inédito, para, si fuera posible, dejarlo ordenado antes de morir y evitar quedara inutilizado. Pero Dios precisamente en ese punto neurálgico de su laboriosidad le ha puesto el dolor. Su vista que tan fiel le había sido durante su vida y, aunque ya gastada, todavía le concedía dedicar sus diez horas ordinarias a sus papeles y libros, se le niega a obedecer. Al comprobarlo reaccionó como un hombre de Dios: “Jesús, María, José, Joaquín y Ana.” Penosa contrariedad en sus planes. “Lo siento en el alma”, dice sin que por un instante se nuble la paz que flota en su perenne sonrisa.

En ese clima interior de seguro que su única preocupación es agradecer a Dios lo mucho que en noventa años largos de El ha recibido en talentos de virtud y ciencia y en haberlos tenido en continua explotación.

Notemos por fin que, si en las precedentes observaciones no atendemos a las limitaciones que, como en toda obra humana, las ha de haber en la del venerable P. Goyena, lo hemos hecho deliberadamente. No hemos pretendido hacer sino panegírico. Pero a la vez pensamos que, cuanto ponderativamente decimos en su alabanza, está totalmente dentro de la verdad. Y en esta misma persuasión nos parece que acaso nada retrate mejor al P. Goyena que aquellas palabras con que él mismo retrató al P. Fidel Fita:

“Sencillo como un niño, afable, cariñoso, siempre dispuesto a complacer y servir a todos, no descubría sino una pasión; esa sí, avasalladora, impetuosa, vehemente: la pasión del estudio... Es increíble lo que escribó... *Optimus senex, aeterna laude dignus*, exclamaba Diosdado Caballero al narrar la muerte de otro sabio jesuita. Anciano buenísimo, digno de perpetua alabanza, por el candor de su ánimo, por su admirable laboriosidad en el estudio y por su cariño profundo a la Iglesia, a la Compañía y a España” y —podíamos añadir a Navarra.

* * *

Por ejemplaridad excepcional bien será que quede en este homenaje constancia detallada de lo que el P. Goyena ha publicado. Por su ingente cantidad y dispersión no ha sido posible reunirlo todo, aunque sí la máxima parte, que ya basta para hacer palpable la inmensa labor de su autor. Pero sería quedarse a medio camino atender sólo a lo que ha publicado. Y ¿lo que aún guarda en su archivo? Los ojos se aturden ante la mole de su reserva inédita. Y también hay que reseñarla. Pero a condición de que para apreciar con justeza toda la obra literaria del P. Goyena, no se mire tanto a las proporciones externas de tal obra y a su gran valor científico, cuanto al aliento sobrenatural que le ha dado su misterioso y genuino sentido espiritual y eterno.

Notemos respecto a sus estudios sobre cosas navarras, que el P. Goyena en sus investigaciones advirtió que los antiguos jesuitas en Navarra se habían distinguido en cinco cosas: 1) En el estudio de la historia de aquel reino. Precisamente sus primeros historiadores fueron los cronistas oficiales nombrados por la Excm. Diputación José Moret, su sucesor Francisco Aleson y después P. M. de Elizondo, cuya labor principal fue compendiar los *Anales* de aquellos dos autores y organizar sus índices. 2) En publicaciones sobre el Sdo. Corazón de Jesús, que inició A. Cardaveraz y continuaron J. Loyola y otros. 3) En promover el estudio del vascuence y escribir en dicha lengua, cosa entonces rarísima. Así el mismo Cardaveraz, S. Mendiburu, Fr. Elizalde, F. de Alesón (éste con unos versos) y otros. 4) En la catequética. El famoso salmantino G. Astete vivió en Pamplona y allí hizo una edición de su catecismo, así como se hizo otra del de J. Ripalda. 5) Por fin en fomentar el estudio del latín.

Por eso el P. Goyena en estos cinco puntos principalmente se propuso trabajar en sus estudios históricos sobre Navarra, aunque en toda su amplitud y sin limitarse a los jesuitas.

Distribuimos pues los escritos del P. Goyena en cuatro apartados. a) Libros publicados. b) Artículos publicados. c) Trabajos ya ultimados para la imprenta, pero no editados. d) Trabajos en avanzada preparación para su publicación. Es claro que en los dos últimos apartados no es fácil precisar las dimensiones de los escritos; pero podemos suponer que en general estos son muy amplos, como sus mismos títulos lo dejan entender.

A) LIBROS PUBLICADOS

1. *Contribución de Navarra y de sus hijos a la historia de la Sagrada Escritura. Notas históricas y bibliográficas.*— Pampilonensia, ser. A., vol. 1. Seminario Diocesano (Pamplona, 1944), p. 282, cms. 17/23. (Premio de la "Biblioteca Olave", de Pamplona).

Con pena de que aún esté por hacer la historia general de la Exégesis en España, a su juicio "magnífica y esplendorosa", pensó el P. Goyena que tal obra podría ser bastante fácil, si cada región hiciera su parte. Es lo que respecto a Navarra ha intentado él en esta obra. Y es el primero que toca ese tema entre los españoles. Bien se revela el libro ser fruto de laboriosa rebusca en archivos y bibliotecas. Aparte de que no era nada fácil poner orden y claridad en asunto tan intrincado y de tanto detalle. Contiene la obra:

- 1) Enseñanza de la Sagrada Escritura en Navarra. 2) La Escritura en planes y constituciones en relación con Navarra. 3) Participación navarra en algunos trabajos escriturarios (Decreto Tridentino, Políglota Complutense, etc.). 4) Controversias y opiniones (Biblia en traducción, Oposiciones). 5) Los poderes eclesiásticos y civil (Intervenciones en lo tocante a la Biblia). 6) El judaísmo navarro y la Escritura. 7) Protestantismo en Navarra. 8) La Métrica Escriturística. 9) Los Apócrifos escriturarios en Navarra. 10) Literatura bíblica vasconavarra. 11) La Prensa navarra en lo tocante a la Escritura (ediciones, libros, etc.). 12) Célebres manuscritos escriturarios navarros. 13) Bibliotecas navarras en su parte escrituraria. 14) Representaciones plásticas (Nacimientos, etc.). 15) Galería navarra de escriturarios ilustres. 16) Reliquias de objetos mencionados en la Escritura. 17) Galería navarra de escriturarios ilustres. 18) Apéndices. (Hasta diez, en su mayoría documentos.)
2. *La santidad en Navarra. Santos, Beatos y personas insignes en santidad del pueblo navarro. Discusiones sobre los apócrifos y otros hechos oscuros hagiográficos.* Pampilonensia, ser. A, vol. 4. Seminario Diocesano (Pamplona, 1947), p. 342, cms. 16/23. (Premio de la "Biblioteca Olave".)

El P. Goyena se encontró ante un tema que nadie había tratado de propósito, si bien, aunque someramente, se habían recogido y publicado sobre él algunas noticias. Prácticamente pues ha tenido que desbrozar el terreno para poder discurrir con amplitud. Pero en las biografías particulares no indica sino lo suficiente para reflejar la santidad de sus héroes. Por supuesto intenta resolver los problemas difíciles en la materia. Y ha sido un gozo para él descubrir en su estudio, dice, "el temple vigorosamente cristiano de los hijos de Navarra". El libro contiene:

1) Santos ciertos de Navarra. 2) Santos que con su presencia honraron el solar navarro. 3) Cuerpos de Santos conservados en Navarra. 4) Santos apócrifos navarros. 5) Mártires y semimártires navarros. 6) Confesores navarros. Varones ilustres en santidad. 7) Matronas ilustres en santidad. 8) Disquisiciones hagiográficas navarras. 9) Lo que se debe a Navarra y a sus hijos en hagiografía.

3. *El Valle de Baztán. Colección bio-bibliográfica* (Pamplona, 1947), páginas 187, cms. 12/19. (Premio de la "Biblioteca Olave.")

Se reúne en este libro abundante bibliografía antigua y moderna y en general diversos escritos que tienen alguna relación al Baztán y a sus personas y cosas, con los datos biográficos convenientes de los escritores que se aducen o de los personajes baztaneses a que se alude. Cree el autor que en su método el lector, aunque no encuentre la trabazón de los hechos en plan histórico, sí hallará en esa bio-bibliografía la historia de un pueblo, con muchos aspectos científico-literarios de interés, como son los relativos a la cultura y a la vida, lengua, costumbres e índole interna de la región, y por otra parte, sin sufrir el influjo del historiador, se podrá formar con autonomía su propio juicio. El autor, sin contentarse con una fría mención de libros o escritos, da también su contenido y valor, y las oportunas ilustraciones literarias o históricas. Contiene el libro:

1) Una sección fundamental: Materiales genuinos históricos.

2) Y otras tres complementarias, cuyos títulos indican su alcance: Particularidades del Baztán. Características baztanesas. — Fechas memorables del Baztán. Puntos luminosos de su historia. —

Rectificaciones y aclaraciones sobre el Baztán. Purificaciones históricas. — Sigue todavía un índice general muy orientador.

4. *Apuntes históricos de la Villa de Huarte* (cabe Pamplona). (Pamplona, 1952), p. 84, cms. 12/17.

Con ocasión de dedicarse a su autor una calle en su pueblo natal, se le pidieron unas notas sobre la historia de la Villa. Y el título del libro es exacto; pues no indica una historia hilvanada, sino una colección muy variada de noticias históricas en general sin mutua conexión, relativas a Huarte: descripciones del municipio, de su castillo, de su iconografía; hechos históricos sueltos; sus casas solariegas; personas destacadas... Termina con un breve *curriculum vitae* de su autor.

5. *Ensayo de bibliografía de Navarra desde la creación de la imprenta en Pamplona hasta el año 1910*. Tomo 1.º (a. 1489-1600). Diputación Foral de Navarra (Burgos, 1947), p. 270, cms. 16/23.—Tomo 2.º (a. 1601-1700). Ibid. (1949), p. 785.—Tomo 3.º (a. 1701-1750). Ibid. (1951), p. 663.—Tomo 4.º (a. 1751-1790). Ibid. (1951), p. 678.—Tomo 5.º (a. 1791-1800). Ibid. (1952), p. 429.—Tomo 6.º (a. 1801-1830). Ibid. (1953), p. 479. (Premio de la "Biblioteca Olave.")

El plan de esta obra ya está indicado en el título: es recoger cuanto se ha impreso en Navarra en el plazo señalado. En el tomo sexto se llega ya a la ficha 5144. Se comprende que la variedad de materias es infinita, y no hay por qué pormenorizarlas aquí. El autor ha estudiado cada documento a su alcance y hace de él una descripción bibliográfica minuciosísima, con todos los detalles posibles en cada caso.

No sólo eso. Como esos impresos encierran en gran parte la historia y literatura de Navarra, describe, según la índole de cada documento, su contenido y su historia. A menudo precede a cada número una densa nota biográfica de su autor. Y por supuesto se incluyen copiosamente otras históricas y críticas y valoraciones ideológicas y literarias y testimonios ajenos y "catálogos de autores que, al decir del autor, puedan servir de norte y faro a los que pretenden estudiar la materia con detenimiento". Es pues una obra de carácter histórico-literario. Para evitar confusiones se si-

gue en ella el orden cronológico. Ni faltan en los dos primeros tomos numerosas fotocopias de portadas de libros, o de otros detalles.

Sobre la dificultad de la obra y los trabajos y sinsabores que ha tenido que costar, basta copiar esta advertencia de su autor: "Hemos registrado numerosos archivos y bibliotecas; muchos contra-tiempos y montes de dificultades hemos encontrado en nuestra investigación, que a veces se convirtió en una vía dolorosa. Sirvanos esto de disculpa, si la obra no sale tan cumplida y perfecta como ansiaríamos."

Se trata de una producción gigantesca. Viene a ser una suerte de enciclopedia bibliográfica, que será imprescindible y a menudo curiosamente inspiradora para el futuro historiador de cosas eclesiásticas o civiles o populares navarras, y por lo mismo un monumento perdurable a la cultura del país.

B) ARTICULOS PUBLICADOS

1) En RAZÓN Y FE (Madrid):

La Concepción Inmaculada de la Virgen y la Universidad de Salamanca en el siglo XV: Extraordinario (1904) 69-95.

La Universidad de Salamanca y la Purísima Concepción: 11 (1905) 333-348, 452-465.

La propaganda católica: 14 (1906) 32-41.

La separación de la Iglesia y el Estado en Francia: 137-150.

El Libro Blanco de la Santa Sede: 264-270, 404-406.

El Imperio de Marruecos: 15 (1906) 17-31, 460-472.

Semblanza del M. R. P. Luis Martín: 141-156, 279-292.

Regalismo trasnochado: 17 (1907) 32-46.

El P. Francisco de Ribera y el artículo de Catulle Mendés "La virgen de Avila": 84-87.

Boletín teológico: 341-354.

La Santa Sede y el gobierno francés en el asunto Montagnini: 18 (1907) 193-205.

Por la justicia: 19 (1907) 206-211.

Observatorio de Zi-Ka-Wei: 515-518.

El jubileo de las apariciones de Nuestra Señora de Lourdes: 20 (1908) 10-23.

El jubileo sacerdotal de Pío X: 413-424.

El espíritu religioso de la guerra de la Independencia: 21 (1908) 5-18.

- El desenvolvimiento dogmático*: 151-167.
- Misión de Kiang-Nan, confiada a los Padres de la Compañía de Jesús*: 400-402.
- La masonería en España durante la guerra de la Independencia*: 22 (1908) 413-428.
- La ignorancia de los jesuitas españoles en 1908*: 23 (1909) 19-30.
- Descubrimientos. Otros hallazgos. Crisis del judaísmo*: 273-274.
- Algo más sobre terremotos*: 356-360.
- De la gracia de Cristo*: 481-490.
- Historia de las religiones*: 25 (1909) 162-175.
- Un bibliógrafo insigne*: 368-373.
- Juicio ordinario seguido ante los tribunales militares en la plaza de Barcelona contra Francisco Ferrer Guardia*: 515-524.
- P. Norberto del Prado, O. P., Santo Tomás y la Inmaculada*: 26 (1910) 111-118.
- Plagas de la Francia actual*: 151-165.
- Boletín de teología dogmática española en 1909*: 467-481.
- La prosperidad de la católica Bélgica*: 28 (1910) 19-29.
- Los misioneros jesuitas en la China después de la restauración de la Compañía*: 316-328.
- Los jesuitas en la revolución de Portugal*: 429-446.
- La vocación sacerdotal*: 29 (1910) 39-52.
- Los periódicos y revistas en los seminarios*: 29 (1911) 136.
- Un misionero santo*: 136-138.
- Los errores de un príncipe: Carta de Su Santidad Pío X*: 211-218.
- Sagrada Congregación Consistorial: juramento*: 408.
- Muerte del P. Minteguiaga*: 408-409.
- Muerte de D. Joaquín Costa*: 409-411.
- Boletín teológico-dogmático*: 428-437; 30 (1911) 19-27.
- La causa de Ferrer e intervención del clero en ella*: 30 (1911) 87-91.
- Frutos del modernismo español*: 305-318.
- El XXII Congreso Internacional Eucarístico*: 425-437.
- Boletín de teología española*: 477-485; 31 (1911) 35-45.
- La historia de la teología dogmática en España*: 31 (1911) 413-422; 32 (1912) 5-13.
- Bosquejo histórico del seminario de Salamanca*: 32 (1912) 141-150, 277-289.
- La persecución del catolicismo en Rusia*: 33 (1912) 31-40.
- D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Biografía*: 277-283.
- Boletín teológico*: 343-355, 492-499.
- Un episodio de la historia de la teología española*: 34 (1912) 434-444; 35 (1913) 30-42.
- Estudios recientes sobre el doctor Torres Villarreal*: 35 (1913) 194-211.
- Boletín teológico*: 36 (1913) 72-83, 460-474.
- En el centenario de Jorge Juan, sabio marino español. Discordancias sobre D. Jorge Juan*: 37 (1913) 454-469.

- La literatura teológica actual en España*: 38 (1914) 196-209.
- Historia de una célebre opinión teológico-mariana*: 39 (1914) 30-44.
- Literatura teológica de la España actual*: 40 (1914) 27-38, 288-304.
- El M. R. P. Francisco Xavier Wernz*: 277-287.
- La teología española en el siglo XVIII hasta las reformas de Carlos III*: 41 (1915) 141-157.
- Boletín teológico*: 345-358.
- El R. P. Juan José de la Torre*: 500-504.
- Un gran teólogo*: 42 (1915) 76-79.
- Boletín teológico*: 350-364.
- El P. Luis Coloma y Roldán*: 372-374.
- Literatura histórica en el centenario de la restauración de la Compañía*: 42 (1915) 433-447; 45 (1916) 55-69.
- La teología dogmática entre los benedictinos españoles de la Observancia*: 44 (1916) 61-72; 45 (1916) 307-321; 46 (1916) 322-333.
- Tercer centenario de la muerte del P. Alonso Rodríguez*: 44 (1916) 141-155.
- Equivocaciones históricas*: 315-325.
- Las publicaciones de los jesuitas*: 46 (1916) 25-37.
- Cátedras de Suárez en las Universidades de España*: 47 (1917) 11-25.
- Boletín teológico*: 47 (1917) 186-198; 48 (1917) 62-75.
- Fuentes para el estudio del P. Suárez*: 47 (1917) 442-457.
- Contribución a la historia teológica de la devoción del Sagrado Corazón en España*: 48 (1917) 168-182.
- La literatura teológica entre los benedictinos españoles*: 49 (1917) 167-179.
- Controversias teológicas de los padres Benedictinos de la Observancia*: 308-319.
- Literatura teológica española. Los grandes teólogos benedictinos*: 50 (1918) 45-63.
- El R. P. Fidel Fita y Colomer*: 259-262.
- El Estudio de la Teología en las Universidades españolas desde la reforma de 1711*: 285-302; 51 (1918) 35-51.
- Boletín teológico*: 50 (1918) 491-504.
- Literatura teológica española*: 51 (1918) 473-485.
- La teología entre los mercedarios españoles*: 53 (1919) 62-74.
- Literatura teológica española*: 307-318.
- Literatura teológica española. Los grandes teólogos mercedarios*: 54 (1919) 29-41, 137-155.
- Historia de la Universidad de Valladolid*: 55 (1919) 5-20.
- Un falso origen del gerundianismo*: 443-458.
- Jansenio en España*: 56 (1920) 172-188.
- El Dr. Cornelio Jansenio en Madrid*: 451-465.
- Jansenio en las Universidades de España*: 57 (1920) 181-197.
- Consecuencias de la venida de Jansenio a España*: 318-333.
- Los jesuitas en la historiografía española*: 58 (1920) 5-22.

- Crónica de Roma*: 59 (1921) 118-124.
Literatura sobre San Francisco Javier: 62 (1922) 196-210.
Literatura moderna sobre San Francisco Javier: 63 (1922) 63-80.
Desvarios volterrianos sobre San Luis Gonzaga: 185-199.
San Ignacio de Loyola en la historia de la teología: 326-345.
Contribución de los jesuitas al Diccionario de Autoridades: 458-481.
Estudios actuales de teología mariana en España: 64 (1922) 189-200.
El estudio de la mariología en España: 303-322.
Las leyendas teológicas: 464-484.
Las escuelas teológicas españolas: 65 (1923) 50-72, 215-235.
Trabajos de los españoles en la impresión de la "Suma" de Santo Tomás: 325-342.
El tercer centenario de la muerte de un gran teólogo: 66 (1923) 50-69.
Orígenes bibliográficos de las órdenes religiosas en España: 310-327.
El IV centenario de la muerte del Maestro Fr. Diego de Deza: 67 (1923) 21-40.
Enseñanza de Santo Tomás en las universidades españolas: 434-451; 68 (1924) 273-289; 69 (1924) 48-58.
Jesucristo, Rey del universo: 71 (1925) 21-32.
Crónica teológica de 1924: 224-230.
El nuevo Doctor de la Iglesia: 72 (1925) 273-285.
Razón y Fe en su XXV aniversario: 73 (1925) 144-151.
El Concilio de Nicea en su aspecto doctrinal: 341-349.
Los primeros directores de la Biblioteca Nacional: 519-529.
La enciclica del Papa Pío XI: 74 (1926) 97-103.
La Biblioteca de Escritores de la antigua Asistencia jesuítica de España hasta 1773: 193-204.
Boletín histórico: 403-418.
El ideal de la juventud: 75 (1926) 481-492.
Falsa acusación contra la ciencia histórica en España: 76 (1926) 144-154.
El séptimo Centenario de la muerte de San Francisco de Asís (1226-1296): 352-362.
Asamblea mariana de Covadonga: 424-429.
La historiografía española entre los jesuitas: 77 (1926) 140-153.
San Juan de la Cruz, Doctor de la Iglesia Universal: 289-302.
Boletín de historia: 78 (1927) 142-155.
El historiador de la literatura castellana don Julio Cejador: 423-436.
Los Orígenes del estudio de la historia eclesiástica en España: 79 (1927) 27-38.
El estudio actual de la historia eclesiástica en España: 418-432.
La facultad teológica protestante en Madrid: 481-492.
En el tercer centenario del nacimiento del Ilmo. Bossuet: 80 (1927) 258-271.
Las fiestas centenarias de San Juan de la Cruz: 81 (1927) 163-167.

- Cuarto centenario del nacimiento de D. Benito Arias Montano:* 204-221.
- El poder temporal de los Papas:* 289-301.
- Los maestros de teología españoles en naciones extranjeras en los siglos XVI y XVII:* 518-532.
- El R. P. Antonio Astráin:* 82 (1928) 170-175.
- La verdad en la nulidad de matrimonios:* 218-228.
- Los antiguos colegios mayores:* 481-492.
- La facultad de teología en las universidades españolas:* 83 (1928) 324-337.
- Las órdenes religiosas y la enseñanza oficial:* 84 (1928) 5-16.
- Jubileo extraordinario para el año 1929:* 87 (1929) 157-168.
- Un jansenista español desconocido:* 90 (1930) 24-40.
- Teólogos antifranceses en la guerra de Sucesión:* 91 (1930) 326-341, 501-520.
- Un sabio filólogo vizcaíno:* 94 (1391) 5-19, 124-135.
- La constitución apostólica "Deus scientiarum Domtnus":* 97 (1931) 228-236.
- El R. P. Lino Murillo, S. J.:* 98 (1932) 433-438.
- Un embrollo en la bibliografía vasconavarra:* 104 (1934) 359-370.
- César Borja, obispo de Pamplona:* 105 (1934) 179-191.
- Una pena capital impuesta por D. Tomás Zumalacárregui:* 116 (1939) 380-390.
- Fecha de la muerte del insigne historiador navarro P. José Moret:* 121 (1940) 141-149.
- Noticiarios generales* (más arriba mencionados): Van de fin de 1906 a 1919 inclusive y ascienden a *ciento veintiuno*, cada uno con un promedio de *diez* páginas.

2) En ESTUDIOS ECLESIASTICOS (Madrid):

- Estudio histórico-teológico. El primer teólogo español que imprimió la Summa en verso latino:* 1 (1922) 138-149.
- Boletín teológico:* 229-252.
- Literatura teológica en las oposiciones eclesiásticas antiguas:* 337-366.
- "La primera Summa de Ecclesia":* 2 (1923) 252-269.
- La escuela baconiana en la Teología española:* 351-372.
- Los profesores españoles de Teología en Roma:* 3 (1924) 51-72.
- Un compendio de la Suma casi desconocido:* 98-101.
- Formación de un índice expurgatorio español:* 181-193.
- Boletín teológico:* 305-315.
- El P. Juan de Mariana considerado como teólogo:* 396-408; 4 (1925) 74-90.
- ¿Defendió Caramuel la infalibilidad del Papa hablando "ex cathedra"?:* 3 (1924) 435-438.
- La lección de despedida del Cardenal Sáenz de Aguirre:* 4 (1925) 103-105.

- Boletín teológico-místico*: 194-205.
Una carta de San Pedro Canisio: 318-321.
San Pedro Canisio en la Literatura española: 359-381.
Heresiólogos españoles en general: 392-415; 5 (1926) 195-206.
Catedráticos de Teología españoles en Roma. Miguel Vázquez de Padilla: 5 (1926) 26-43.
Un informe curioso de Campomanes: 213-215.
Teólogos extranjeros formados en España: 244-258; 6 (1927) 38-53, 281-301.
Boletín teológico: 5 (1926) 311-326.
Boletín de Historias Eclesiásticas de España: 423-435; 6 (1927) 171-185.
Episodio curioso en un acto teológico celebrado en Salamanca: 6 (1927) 213-217.
Boletín de Teología especulativa: 7 (1928) 83-93, 507-516.
Arias Montano y los Jesuitas: 7 (1928) 273-317.
Un teólogo español en tierras extranjeras: 9 (1930) 351-366.
El autor de dos libros teológicos seudónimos: 9 (1930) 405-409.
Un maestro español de San Roberto Belarmino: 10 (1931) 222-234.
Un escrito curioso inédito del P. Tirso González de Santalla: 10 (1931) 287-291.
Boletín de libros navarros censurados por la autoridad eclesiástica: 15 (1936) 229-255.
Episcopologios de la Diócesis de Pamplona: 16 (1942) 55-72.
Cuestión sobre hagiografía navarroespañola: 16 (1942) 473-486.
- 3) EN THE CATHOLIC ENCYCLOPEDIA (New York):
Maldonado (Maldonatus), Juan: 9 (1910) 567 s.
Martín y García, Luis: Ibid. 736.
Molinos, Miguel de: Ibid. 10 (1911) 441 s.
Nieremberg y Otín, Juan Eusebio: 11 (1911) 72 s.
Ripalda, Juan Martínez de: 13 (1912) 62.
Ruiz de Montoya, Diego: Ibid. 224.
Suárez, Francisco, Doctor Eximius: 14 (1912) 319 s.
Toledo, Francisco: Ibid. 760 s.
Torres (Turrianus), Francisco: Ibid. 783.
Vázquez, Gabriel: 15 (1912) 275.
- 4) EN NOUVELLE REVUE THÉOLOGIQUE (Lovaina, Bélgica).
Le mouvement théologique en Espagne: 56 (1929) 703-713.
Le mouvement théologique en Espagne (1929-1930): 58 (1931) 429-444.
- 5) EN DICTIONNAIRE APOLOGÉTIQUE DE LA FOI CATHOLIQUE (París):
Ferrer (Affaire): 1 (1911) 1898-1892.
- 6) EN MÉLANGES MANDONNET, 1 (París), de *Bibliothèque Thomiste*:
*Teólogos no españoles formados en España, profesores de la Miner-
 va*: 13 (1930) 449-481.

- 7) EN ASAMBLEA MARIANA EN HONOR DE NUESTRA SEÑORA LA STMA. VIRGEN DE COVADONGA (Covadonga, 1927):
Sobre la Asunción de María a los cielos: 191-209.
Asunción de la Santísima Virgen: fundamentos teológicos: testimonios históricos: definibilidad del Dogma: 392-413.
- 8) EN HOMENAJE DE DEVOCIÓN Y AMOR A SAN JUAN DE LA CRUZ, DOCTOR DE LA IGLESIA. Crónica y conferencias místicas del segundo centenario de su canonización, celebrado en Segovia, en octubre de 1927... (Segovia, 1298):
La mística de San Juan de la Cruz juzgada por la crítica racionalista: 177-195.
- 9) EN HISPANIA SACRA (Madrid):
Venida de Iñigo a Pamplona: 2 (1949) 311-323.
- 10) EN LIBRO DE ORO DEL SEMINARIO DE PAMPLONA (1956):
Un glorificador de San Ignacio de Loyola. El P. José M. Vélez: 56-58.
- 11) EN EL MENSAJERO DEL CORAZÓN DE JESÚS (Bilbao):
Las placas y escudos del Corazón de Jesús: 28 (1899) 412-419.
Un éxtasis del P. Padial: 29 (1900) 43-48.
Las víctimas de la impiedad: 29 (1900) 305-309.
Ignorancia de la religión: Ibid. 399-406, 501-505.
Hipocresía: 30 (1900) 115-119.
La vocación del P. Jerónimo de Ripalda: 31 (1901) 518-524.
La yerba de los jesuitas: 32 (1901) 47-50.
Títulos de San José: 33 (1902) 238-245.
Fin de algunos enemigos de la Virgen: Ibid. 438-446.
El del sayal: 34 (1902) 56-61.
- 12) EN LA LECTURA DOMINICAL (Madrid):
Un terrible acusador: 14 (1907) 29 s.
¡Vaya el gracioso!: 17 (1910) 45.
- 13) EN TERCER CENTENARIO DE LA CANONIZACIÓN DE SAN IGNACIO DE LOYOLA Y SAN FRANCISCO JAVIER (Madrid):
La Novena de la Gracia: núm. 8 (1922) 15-18.
Los milagros de San Francisco Javier: núm. 5 (1922) 14-22.
- 14) EN LA AVALANCHA (Pamplona):
Rdo. P. Lino Murillo de la Compañía de Jesús: 29 (1923) 171-173.
La cicatriz gloriosa: 32 (1926) 271-272.
Últimos tiempos del Colegio de la Anunciada de la Compañía en Pamplona: 33 (1927) 2-3, 15-16, 26-28.

- Un santo jesuita de Auriz*: 98-100.
- Del antiguo colegio de la Anunciada de Pamplona. Un libro manuscrito curioso*: 161-163.
- Del antiguo colegio de la Compañía en Pamplona. Contraste notable*: 267-268.
- El segundo centenario de la muerte del tercer cronista de Navarra*: 34 (1928) 136-138, 147-148, 166, 180-182, 215-218.
- La biblioteca del antiguo Colegio de Jesuitas de Pamplona*: 35 (1929) 55, 55, 69-70, 75-76, 86-87.
- El B. Berlarmino, poeta*: 102.
- El último confesor del Conde-Duque de Olivares*: 178-180.
- Aprobación a la Guía de Molinos del P. Martín Esparza*: 358-359.
- El Abad de Larragueta*: 375.
- El teólogo del Concilio Tridentino D. Miguel de Oronsuspe*: 36 (1930) 35-37.
- La teología dogmática en la imprenta de Navarra*: 67-68, 15, 164-166, 216-218, 243, 262-263.
- Un obispo navarro, teólogo ilustre*: 86-87, 99-100.
- Un maestro inglés de Teología en el Colegio de la Anunciada de Pamplona*: 132-134.
- Un trinitario navarro en Austria*: 226-227.
- La Inmaculada Concepción en la imprenta navarra*: 360-362; 37 (1931) 11-12, 25-26, 40.
- Un teólogo polemista navarro*: 83-84, 105-106, 120-122, 132-134.
- La biblioteca de la Compañía en Madrid*: 211-212.
- El "Nicandro"*: 227-228.
- Un plan de enseñanza primaria digno de recuerdo*: 291-292.
- Recuerdo conveniente de un elogio*: 37 (1931) 359-360.
- Un libro original dedicado al Niño Jesús*: 371-372.
- Ecos lejanos de San Antón*: 38 (1932) 8-10.
- Los judíos según documentos navarros*: 17-18.
- Contribución a la historia de la Teología Moral en Navarra*: 135-138.
- Navarra en la historia de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús en España*: 149-150.
- San Ignacio de Loyola en la Bibliografía navarra*: 210-212.
- Rectores del Colegio jesuítico pamplonés*: 227-228.
- El cuarto centenario del nacimiento de un exegeta egregio*: 312-314, 328-329, 376-377.
- Principios de la festividad de la Concepción de la Virgen en Navarra*: 358-359.
- Varones insignes en Navarra. El P. Pedro Javier Cáseda (1739-1816)*: 39 (1933) 2-4.
- Estudios de Sagrada Escritura en Navarra. La enseñanza escrituraria entre los religiosos*: 50-51, 291-292.
- Un poema de San José (impreso en Pamplona)*: 70-71.
- Velada literario-musical en el Seminario*: 84-85.

- Varones insignes de Navarra. El P. Francisco Javier (1640-1718)*: 104-105, 138-139, 185-186.
- Varones insignes de Navarra. El P. Gaspar Cruzat. (1626-1673)*: 197-198, 217-218.
- Varones insignes de Navarra. D. Sancho Carranza de Miranda*: 250-251.
- Estudios de Sagrada Escritura en Navarra. Seminario de Pamplona*: 277-278, 291-292.
- La devoción al C. de Jesús en Navarra*: 311.
- Varones insignes de Navarra. P. Gaspar Sartolo (1687-1757)*: 347-348.
- La segunda edición de los "Anales de Navarra"*: 370-372.
- Los Reyes Magos*: 40 (1934) 2-4.
- El "Códice Sináítico"*: 18-19.
- Escritores navarros. El carmelita Fr. Juan de San José (1661-1727)*: 34-35.
- El primer libro de Escritura Sagrada impreso en Navarra*: 51-52.
- El cardenal Lugo en sus relaciones con Navarra*: 68-70.
- El P. Manuel Larramendi y la Literatura navarra*: 82-83.
- El salario de un cronista de Navarra*: 99-100.
- Memorias del P. Miguel de Sagardoy en Pamplona*: 115-116.
- Escritores Navarros. Juan Martínez de Ripalda*: 131-133.
- Fiestas del Corpus, el 1610, en Pamplona*: 154-156.
- Un amigo del Corazón de Jesús. D. Francisco Ignacio de Añoa y Busto*: 162-164.
- La vida de San Juan Bautista*: 179-180.
- Escritores Navarros. F. Gaspar Sánchez, S. J. (1542-1609)*: 204-205.
- Escritores Navarros. El P. Francisco Elizalde, S. J. (1654-1733)*: 226-227.
- Las Memorias del Instituto de Pamplona*: 274-276.
- Primicias de la imprenta en los pueblos de Navarra*: 292-294.
- Escritores Navarros. R. P. Fr. Bernardo de Aguirre († 1740)*: 308-310.
- Estudios de Sagrada Escritura en Navarra. Elección de Lector de Santa Escritura en la catedral de Pamplona*: 323-324.
- Las letanías de San Francisco Javier*: 338-339.
- La Inmaculada en la Escuela Escotística de Pamplona*: 355-356.
- Escritores Navarros. El P. Carlos José Miñano, S. J. (1664-1745)*: 373-374.
- Estudio de Sagrada Escritura en Navarra. Biblias notables existentes en Pamplona*: 41 (1935) 19-20.
- Algarada estudiantil en la Universidad de Pamplona (1775)*: 67-68.
- Algunos libros en que se inspiró Moret para sus "Anales"*: 164-166.
- Escritores Navarros. Ilmo. D. Martín Elizacochea*: 178-179.
- Los maestros pamploneses en los albores del XVII*: 197-198.
- Escritores Navarros. Fray Ignacio Vidondo*: 263-265.
- La vida del Venerable Miguel Grez*: 275-276.
- Escritores Navarros. Fr. Miguel de Leránoz*: 326-327; 42 (1936) 24-26.

- Rectificaciones bibliográficas*: 41 (1935) 340.
Un teólogo concepcionista navarro: 357-359.
Falsa apropiación: 378-379.
El "Arte de bien vivir" del P. Alvarado: 42 (1936) 5-6.
La Literatura navarra impresa en 1935: 34-35, 57-58.
Manuscritos interesantes: 70-72.
Escritores Navarros. R. P. Alberico Echandi, O. Cist.: 88-90.
Fr. Francisco Larraga, O. P. y sus reformadores: 104-106, 117-118, 314-315.
Ejemérides del Seminario: 328-329, 347-348, 355-356, 371-372; 43 (1937) 4, 14-15, 26, 78-79, 98-99.
El Padre Zacarias García Villada: 43 (1937) 38-39.
La Novena de San Francisco Javier en Navarra: 50, 63-64.
Rectificación de la bibliografía del cronista P. Francisco de Alesón: 124-125, 150-152.
El R. P. Alberto Risco, S. J.: 135.
Escritores Navarros. Modelos de lenguaje castellano: 173, 185, 200.
Un escritor vasco. El mercedario Francisco da Alchacoa: 208-209, 221-222, 208-209, 221-222.
Rectificación bibliográfica. No es Parmitano, sino Panormitano: 231-232.
Documentos navarros concepcionistas: 268-284.
Consérvese con cuidado: 44 (1938) 18.
Un humanista y latino célebre, maestro de la juventud navarra: 29, 101, 113-114, 136.
Rectores del Seminario Conciliar: 199-200, 208-209, 220, 248, 267-268, 285.
- 15) EN BOLETÍN DE LA COMISIÓN DE MONUMENTOS HISTÓRICOS Y ARTÍSTICOS DE NAVARRA (Pamplona):
- Navarra y el centenario del V. P. Luis de la Puente*: 15 (1924) 139-143.
Curiosidades Bibliográfico-pamplonesas: 16 (1925) 73-80.
El tercer centenario de la muerte de un insigne Teólogo navarro: P. Valentín Erice: 17 (1926) 99-111.
El primer navarro que imprimió una obra: Don Martín de Andosilla y Arlés: 18 (1934) 223-227.
Escritores de Navarra. Bernardo de Sartolo, S. J. (1654-1700): *ibid.* 314-323.
Alrededor de una corrección bibliográfica: P. José Carral, S. J.: 19 (1935) 58-64.
Escritores navarros. R. P. Miguel Gerónimo de Ucar, S. J.: *Ibid.* 205-216.
Historiografía general navarra después de Moret-Alesón: 20 (1936) 41-52.
Sobre la tragicomedia de Calixto y Melibea: *Ibid.* 127-130.

16) EN PRÍNCIPE DE VIANA (Pamplona):

- El P. José Francisco de Isla en la literatura navarra*: 1 (1940) 137-141.
La primera biblioteca pública en Pamplona: 2 (1941) 28-37.
El segundo Cronista de Navarra, P. Francisco de Alesón, S. J.: 5 (1944) 43-65.
Rectificaciones a la Bibliografía del P. José Moret: 7 (1946) 131-143.
Un Santo Navarro Apócrifo. San Babilés: 557-562.
El P. José Moret, poeta latino: 9 (1948) 39-55.
El helenismo entre los navarros: 11 (1950) 159-173.
Epigrafía Navarra en verso latino: 14 (1953) 379-393.
Vindicación de un humanista navarro: 16 (1955) 363-367.

17) EN VENCE (Pamplona):

- El P. Suárez en la Filosofía Navarra*: Semes. 2 (1948) 25.
Orígenes en Pamplona de la Congregación Mariana de San Luis: Semes. 1 (1949) 2 s.
Virgilio en Navarra: 31 s.
El Conde Gages, LXII, virrey de Navarra: Sem. 2 (1949) 17 s.
Ovidio en los Estudios Navarros: Sem. 1 (1950) 31 s.
El P. Isla y sus relaciones con Navarra: Sem. 2 (1950) 30 s.
Himno antiguo a San Fermín: Sem. 1 (1951) 27.
Errores históricos sobre César Borja: 30 s.
Ráfagas de historia Navarra: I La Inquisición en Navarra. II El Kempis entre los navarros: Sem. 2 (1951) 15-17.
San Francisco Javier eminente filólogo: 18.
Poetisas navarras: Número extraordinario (1952) 27 s.; Sem. 1 (1952) 20 s.
Elogio sepulcral de San Francisco Javier: Sem. 2 (1952) 17.
Observaciones sobre las Biografías de S. F. Javier impresas en Navarra o por navarros: 27 s.
El poeta Juan Andosilla y Larramendi: Sem. 1 (1953) 28.
El P. Esteban de Mendiburu (rectificaciones): 31 s.
Vitores en Pamplona: Sem. 2 (1953) 35.
Literatura navarra sobre San Luis Gonzaga: Sem. 1 (1954) 33 s.
La poesía latina en Navarra: Sem. 2 (1954) 25.
Vitores estudiantiles: Sem. 1 (1955) 36.
La novela en Navarra o entre los navarros: Sem. 2 (1955) 30 s.
¿Conoció en Pamplona F. Javier a Iñigo de Loyola?: Sem. 1 (1956) 28.

18) EN REVISTA INTERNACIONAL DE ESTUDIOS VASCOS (San Sebastián):

- El segundo centenario de la muerte del tercer cronista de Navarra*: 19 (1928) 8-25.
La Biblioteca del antiguo Colegio de Jesuitas de Pamplona: Ibid. 404-415.
La teología dogmática en la imprenta de Navarra: 20 (1929) 306-324.

Un eximio teólogo y escritor navarro, Tomás de Ituren: 22 (1931) 16-33.

Un libro guipuzcoano de historia: 25 (1934) 341-345.

Iñigo de Loyola en Pamplona: Homenaje a D. Julio Urquijo, 1 (1949) 217-235.

- 19) Habría que añadir diversos artículos dispersos, publicados en:

LA BANDERA DE LA INMACULADA (Salamanca).

EL SIGLO FUTURO (Madrid).

DIARIO DE NAVARRA (Pamplona).

- 20) También habría que incorporar las colaboraciones en numerosos congresos religiosos (Madrid, Barcelona, Sevilla, Toledo, Salamanca), en cuyas actas se incluyen total o parcialmente, p. e. en:

Crónica del Primer Congreso Catequístico Nacional Español, 2 (Valladolid, 1913) 30-33.

Crónica del Primer Congreso Mariano Montfortiano (en Barcelona, 1918): (Totana, Murcia 1920) 294-311.

- 21) Y aún quedan las *no menos de seiscientas noventa y siete* reseñas críticas de libros (sólo en ocho años, 1912-1919, subieron en *RAZÓN Y FE a doscientas veintisiete*).

c) TRABAJOS YA PREPARADOS PARA LA IMPRENTA, PERO NO PUBLICADOS:

1. *Ensayo de Bibliografía de Navarra desde la creación de la imprenta en Pamplona hasta 1910*, tomos 7 y 8, de amplitud similar a la de los otros de la colección ya editados.
2. *San Ignacio en Pamplona*. En esta obra se corrigen importantes apreciaciones de especialistas en la materia como P. de Leturia, S. I. Contiene:

¿Fue capitán Iñigo de Loyola? — ¿Fue gentilhomme del Duque de Nájera? ¿Fue jefe de Iñigo D. Francés de Beaumont? — Servicio militar del Duque de Nájera. — Iñigo de Loyola en Pamplona. — El Duque de Nájera. D. Martín García de Oñaz y de Loyola. El Señor de Urcoyen. Francisco Herrera. — ¿Conoció Francisco Javier a Iñigo de Loyola en Pamplona? — Sentencias encontradas. — Fuentes históricas de Pamplona sobre Iñigo de Loyola. — Causa del buen

trato al herido de Pamplona. La inscripción sobre la caída de Iñigo. — ¿A qué vino Iñigo de Loyola a Pamplona? — Pugna del P. Polanco con todos los autores.

3. *Historia de la filosofía en Navarra.* (En forma de diccionario. Sólo falta disponer el índice.)
4. *Historia de la catequética en Navarra.* (En forma de diccionario.)
5. *Bibliografía navarra sobre el Sagrado Corazón de Jesús.*
6. *¿Zumel plagiarlo?*
7. *El P. Antonio de Goyeneche de la Compañía de Jesús.* Biografía y escritos. (Premio de la "Biblioteca Olave".)
8. *Estudio crítico, biográfico y bibliográfico sobre el Cardenal Toledo.* (Premio en un concurso de Córdoba.)
9. *Bibliografía de los escritores mercedarios en España.* (Premio en un concurso de Barcelona.)
10. *El Suarismo teológico en España. Bosquejo histórico.*
11. Aún habría que añadir al menos otros dos trabajos memorables presentados en congresos celebrados respectivamente en Vitoria y en Granada pero cuyas actas no llegaron a publicarse: uno sobre el dominico F. Vitoria, y otro sobre el jesuita F. Suárez.

D) TRABAJOS CUYO MATERIAL ESTA RECOGIDO, AL MENOS EN SU MAYOR PARTE, PERO AUN NO REDACTADOS O ULTIMADOS:

1. *Los apócrifos en Navarra.* (Premio de la "Biblioteca Olave".)
2. *Inscripciones y epitafios latinos en Navarra.*
3. *Equivocaciones históricas y literarias relativas a Navarra.*
4. *Bibliografía de las bibliografías españolas.*
5. *Bibliografía navarra.* Recoge toda clase de historias de cualquier asunto escritas en Navarra o por navarros.
6. *Historias escritas por jesuitas españoles.* Recoge también toda clase de historias.

7. *Diccionario bibliográfico del reino y provincia de Navarra y de sus ciudades, villas, pueblos, iglesias y santuarios.*
8. *Bibliografía de Vidas de N. S. Jesucristo escritas o traducidas en España.*
9. *Traducciones de la Biblia en español.*
10. *Bibliografía de navarros que escribieron en vascuence o en relación a dicha lengua.*
11. *Libros condenados en Navarra.* (En forma de diccionario.)
12. *Episcopologios españoles.*
13. *Historia del Colegio de la Anunciada de la Compañía de Jesús en Pamplona.* Viene a ser la historia antigua de la Compañía de Jesús en Navarra. Material enorme. Es una obra que su autor mira con gran cariño.
14. *La teología en Navarra.*
15. *El latín en Navarra.*
16. *El helenismo en Navarra.* Abarcaría todo lo referente al tema en su máxima amplitud: lo que en Navarra o por navarros fuera de ella se ha hecho en publicaciones griegas, traducciones, gramáticas, diccionarios, etc.
17. *Escritores y traductores navarros en lenguas extrañas: griego, hebreo, árabe, caldeo, francés, inglés, alemán, italiano, portugués, cebuano, chino...* Incluye: a) todo lo que en lenguas extrañas se ha escrito en Navarra, cualquiera que sea el origen de su autor o traductor. b) Todos los tratados de autores navarros que en original o en traducción se ha publicado fuera de Navarra en lenguas extrañas. Es una obra curiosísima que su autor había empezado a preparar para la imprenta, cuando por disposición divina la rápida debilitación de su vista ha venido a estorbarle su plan.
18. *Historia de la teología en España.* Ha sido la ilusión y la obra central de su vida. Al iniciar su profesorado teológico empezó a recoger el material según queda dicho, y en su plan trabajaría hasta 1931. Tenía que completar sus datos con la revisión de algunos archivos como el de París. Pero las convulsiones políticas españolas y luego la guerra europea le impidió realizar su proyecto. Y ahí está la obra. Es un material inmenso, que da para varios grandes volúmenes.

Comprende desde los balbucesos de la teología hispana, que son acaso las cartas dirigidas a S. Cipriano por el presbítero Félix y los fieles de León-Astorga y los de Mérida con ocasión de la apostasía de sus respectivos obispos Basíledes y Marcial, y que provocaron un sínodo de treinta y siete obispos reunidos por el obispo de Cartago y una importante respuesta de dicho sínodo; sigue por el concilio de Elvira con Osio y Valerio y a través de la era visigoda y la escolástica antigua y moderna hasta 1931. Presenta no sólo los datos biográficos de cada autor y en lo posible la lista y el juicio de sus obras con sus ideas características y la escuela a que pertenece, sino también las escuelas, desde las visigodas e isidorianas, y las varias polémicas y los planes de estudio y las legislaciones de las Ordenes Religiosas en la materia y los centros de estudio y bibliotecas y declaraciones doctrinales autorizadas e intervenciones de la Inquisición o acaso reales y ediciones de grandes autores y en general cuanto puede interesar al historiador sobre la teología española. Por supuesto subraya la irradiación teológica de nuestros centros en la formación de maestros extranjeros y la de nuestros teólogos fuera de España.

Justamente el autor la considera como su obra más importante. Junto a ella libros como el *Nomenclator litterarius* de H. Hurter quedan anulados en lo referente a España. Y de haberse publicado hubiera sido el mejor monumento a la diligencia y a la competencia de su autor, que en los medios teológicos hubiera pasado a ser el clásico en el ramo, de fama indiscutible en el espacio y en el tiempo.

* * *

Ante la sola reseña de los trabajos del P. Goyena, es claro de una parte que Navarra puede y debe estar orgullosa de este patriarca de sus letras patrias, a cuya laboriosa cultura deberá tanto para siempre y a quien en su historia irremediabilmente verá figurar entre los grandes autores jesuítas navarros, como V. Erice, J. Mz. de Ripalda, A. Pérez, M. Elizalde, J. Moret, F. Alesón, A. Astráin, L. Murillo, J. Madoz... Y aparece de otra parte que, si este nuestro homenaje científico, al que tantas firmas llenas de respetuoso afecto y admiración han querido concurrir, no pretende sino reconocer sencillamente los méritos del P. Goyena en la ciencia, resulta inadecuado y muy modesto ante la montaña de tales méritos.

Nuestro más cordial agradecimiento debemos a las Corporaciones y personas, que, comprendiendo la justicia de nuestro empeño, se han dignado hacerlo realizable con su benévola y generosa ayuda económica, si bien su modestia nos obliga a silenciar sus nombres.

Lo dividimos en dos secciones, que responden a las dos direcciones de la actividad literaria del P. Goyena. Una que genéricamente llamamos *histórico-teológica*, que admite todo lo relativo de algún modo a la ciencia sagrada en sus diversos aspectos, por ser tan variada, según se anotó arriba, su labor en dicho campo. Y otra que calificamos *histórico-cultural navarra*, en la que cabe todo lo que con términos tan amplios se puede abarcar, ya que es un eco a los vastísimos estudios de esa índole del P. Goyena.

Facultad teológica de Oña (Burgos)

JOSÉ SAGÜÉS, S. I.